



VISTA DE ATENAS.—LA TORRE DE LOS VIENTOS.

Es un pequeño edificio de mármol blanco, de figura octógona, situado al norte y á corta distancia de la ciudadela de Atenas. Su diámetro es de cerca de ocho metros, y en cada uno de los ocho lados, en la parte superior, hay una figura esculpida, que representa uno de los vientos principales. Vitruvio y Varrón nombran al arquitecto que construyó aquel monumento singular: se llamaba Andronicus Cyrrestes.

« Los que se han dedicado á investigar cuidadosamente las diferencias de los vientos, dice Vitruvio, los dividen en ocho, y muy particularmente Andronicus Cyrrestes, quien al efecto construyó en Atenas una torre de mármol: sobre esta torre, rematada en punta, colocó un triton de bronce con una varita; la máquina estaba dispuesta de tal modo, que dando vueltas el triton en direccion opuesta al viento que sopla, lo indicaba siempre con su varita.»

Las ocho figuras estan esculpidas y forman bajos relieves; se leen sus nombres en caracteres gruesos, y ostentan atributos que las dan á conocer al primer examen. *Apelintus*, ó viento del Este, precursor de una lluvia favorable á la vegetación, está representado por un joven, cuyos cabellos se esparcen en todas direcciones. *Notus*, ó viento del Sur, húmedo y abrasador, aparece vaciando un vaso de agua. *Libs*, ó viento del Sueste, que sopla en el golfo Sarónico y en toda la costa de Atica, figura la proa de un buque. Todas las demás personificaciones son por el mismo estilo.

Debajo de cada viento se trazó un cuadrante solar, y resulta así, de la disposición del que se halla al Sur, como de los del Este y Oeste, que la torre se encuentra exactamente nivelada. Por último, un clepsidro, ó reloj de agua, colocado en el interior de la torre, suplía á los cuadrantes, cuando estos no podían servir. El edificio mencionado indicaba á los habitantes de Atenas, no solo la direccion de los vientos, sino las horas del día.

Vitruvio no habla de este clepsidro, pero Varrón lo menciona en su libro III de *Re rústica*. Todavía se conservan sus señales en el pavimento de mármol de la torre, é inmediato al edificio existe un aene ducto pequeño, que servia para conducir á él las aguas desde un manantial llamado *Clepsidra*, situado al septentrion de las rocas del *Acropolis* ó ciudadela de Atenas.

En la fachada meridional hay una torre circular, que comunica con el interior por medio de una abertura practicada hacia su base.

Dos puertas daban entrada al edificio; una debajo de la figura *Katlyas*, ó viento Nordeste, y la otra debajo de *Skiron*, ó viento Noroeste. Como los griegos no poseian cuadrantes de agujas movibles, necesitaban entrar los ciudadanos en la torre y acercarse á la máquina para saber la hora, y así era que, para evitar confusion, se habia dispuesto que una de las puertas sirviese para entrar y la otra para salir.

A estas puertas cubria un pórtico pequeño de dos columnas. Estos pórticos han desaparecido, y solo se ven hoy sus perfiles, muy bien trazados, en las partes del muro inmediatas á las puertas.

El interior de la torre es un octógono regular, lo mismo que el exterior. La parte superior se presenta circular y adornada de ocho columnas dóricas acanaladas.

La Torre de los Vientos reúne la elegancia y la solidez conveniente en un edificio de utilidad pública. El estilo de las esculturas es atico, la ejecución excelente; presenta en su conjunto un gran carácter, y muchas partes de su arquitectura ofrecen proporciones sumamente agradables.

Este edificio data sin duda del principio de la era cristiana, supuesto que Varrón habla de él. Tambien es cierto que no puede remontarse al siglo de Pericles, pues los griegos no estaban suficientemente instruidos en las ciencias que dependen de la geometría, para nivelar exactamente el edificio y trazar cuadrantes solares tan perfectos. Solo conocieron la gnomónica en tiempo de Anaximandro, segun Diógenes de Laercio. Esta ciencia avanzó entre ellos con lentitud, y en el siglo III, antes de nuestra era, los griegos no dividian el año sino en trescientos sesenta dias.

LAS AVENTURAS DE SI-BABAURI.

LEYENDA DE MILAN.

Hé aqui una leyenda que el kaid de Milán refirió el año anterior á dos viajeros que todas las tardes iban con él á hacer el té bajo los arbores del jardín de Si-Babauri.

26 DE DICIEMBRE DE 1833.

—De dónde vienes? le dijo. ¿Qué genio le aconsejó que dejaras la familia y los amigos?

—Vengo de Milah, respondió el anciano: hace veinte días que estoy viajando. Dios lo quiere; voy á buscar mi felicidad.

Al oír estas palabras prorumpió en amargo llanto, y cayó de nuevo sobre los cojines. Si-Babauri, asustado, se tapaba la cara con las manos, muraba y pedía perdón á la reina.

—Buen anciano, le dijo la reina limpiándose los ojos, ¿por qué la buscas? Tus palabras están dictadas por la sabiduría. Ah! sí, la felicidad; haces bien en buscarla; Dios lo quiere! Si supieras qué tristeza tan acerba consume mis días y mis noches, me prometerías buscar también mi felicidad.

Si-Babauri juró por Allah obedecer los deseos de la reina. Ella se sentó al oír esta promesa, tendió la mano al anciano, y le dijo con gracioso ademán:

—Adios, mi buen amigo, confío en ti; rogaré á los buenos genios que velen sobre ti y te traigan con bien.

Si-Babauri se marchó muy contento y con el corazón lleno de esperanzas. Un grupo de ginetes armados le esperaba á la puerta del palacio, se formaron detrás de él y le acompañaron tributándole grandes honores, hasta las fronteras del reino.

Empezó su viaje con dirección al Este, pero sin objeto determinado, abandonándose completamente á la voluntad de los genios, y dejando á su caballo la elección del camino.

Quince días hacía que viajaba de esta manera sin haber tenido encuentro alguno.

Siguiendo el curso de un río poco caudaloso, se había aproximado al mar, del que solo distaba ya pocas leguas. El día estaba muy caluroso; Si-Babauri detuvo su caballo á la orilla de un estanque, echó á tierra su ballesta, y se puso á alimentarse sobre la yerba.

Mientras almorzaba se divertía en echar migas de pan á los peces que nadaban á la orilla del estanque. Entre todos aquellos peces que saltaban y se desizaban rápidamente en el agua transparente, había una dorada pequeña, que permanecía triste é indiferente á sus juegos, medio escondida entre las espadañas y con sus escamas brillantes manchadas de blanco.

Si-Babauri cogió al vuelo una mosca y se la echó á la dorada para engolosinarla; esta la tragó desdeñosamente y se escondió otra vez entre las espadañas.

—Doradita, dijo el anciano, tú tienes alguna pena que te consume. Vamos, cuéntame tu historia.

El pez sacudió la cola, se aproximó mas á la orilla, y sacando la cabeza del agua le preguntó:

—Si-Babauri, ¿por qué has dejado tu familia y tus amigos?

—Porque voy á buscar mi felicidad, contestó Si-Babauri.

—Está bien: Dios lo quiere. Pero no me olvides, buen anciano, procura también la mía.

—La tuya también? dijo Si-Babauri sonriéndose, pues qué te falta? El agua de este estanque es muy pura, el país está desierto, y nunca vienen los pescadores á echar aquí sus redes.

—¿Y á ti que te faltaba? ¿Enraban los enemigos en tu jardín? Pero yo he perdido mi jardín; ¿no sabes que el sol ha secado la playa y ha separado este estanque de la mar? Ah! ¿quién me llevará á la estensa mar en que nací?

Si-Babauri compadeció á la dorada; su primera idea fué trasportarla á la mar, pero reflexionó que la playa estaba muy lejos aun, y que la pobreceilla se moriría seguramente en el tránsito. Se marchó pues prometiendo no olvidarla.

Al ponerse el sol llegó á la orilla del mar; lo mismo que el campo, la playa estaba desierta, y no se percibían en toda su estension ni árboles ni casas. A corta distancia de la orilla se elevaba una torre muy alta edificada sobre un islote escarpado.

Si-Babauri ató su ballesta á las riendas del caballo, y la cubrió con pieles gruesas; en seguida se desnudó, hizo un paqueté de sus vestidos, lo colocó sobre su cabeza, y se arrojó al mar.

En pocas brazadas llegó al pie del islote, á pesar de la violencia de las corrientes. La puerta de la torre estaba colocada hácia el lado del mar. Si-Babauri llamó repetidas veces, pero la puerta permanecía cerrada; el anciano recordó entonces las palabras mágicas de los djinns, y en cuanto las pronunció, se abrió por sí sola la puerta.

La sala baja de la torre tenía el piso de conchas; era muy sombría y fresca, y no tenía mas luz que la que recibía por la escalera. Si-Babauri se apresuró á subir por ella, y entró en una habitación grande circular, cuyas paredes estaban guarnecidas de paño negro. Llamó, y nadie le respondió; sin duda estaba la torre inhabitada. Si-Babauri volvió á la escalera, y subió precipitadamente al segundo piso. Esta habitación era igual á la primera, con la diferencia única de que las paredes estaban tendidas de paño violeta.

Si-Babauri atravesó seis salones iguales todos á este, pero que alterian siempre en los colores de las paredes, que le eran siempre

desconocidos. Después de haber subido ocho pisos, se halló delante de una escalera de caracol cerrada por una puerta de hierro con cerraduras de plata.

La puerta se abrió, y Si-Babauri se halló en la azotea de la torre. Un césped sembrado de flores se extendía sobre las losas y subía por medio de un declive suave hasta las últimas galerías, cuya bóveda está formada por las ramas entrelazadas de arbustos odoríferos y corpulentos. En un extremo, cerca de la ventana, bajaban las cortinas de un lecho de listón de oro, en que descansaba un hermoso jóven.

Una serpiente de acero ceñía su cabeza á manera de diadema; sus dos brazos estaban cruzados sobre el pecho y sostenían bolas de cobre atadas á las muñecas con largas cadenas. En las gradas que servían para subir á la cama, había un caduceo y una copa grande de plata.

Al ruido que hizo Si-Babauri al entrar, estendió el jóven los brazos, y las bolas de cobre cayeron en la copa mágica, produciendo un sonido extraño.

El dueño de la torre se levantó sobresaltado, apartó las cortinas de brocado, cogió el caduceo, y gritó al anciano con una voz vibrante como la de un clarín de guerra:

—Las puertas se han abierto, la copa ha sonado, ya ha llegado la noche; estrangera, ¿qué vienes á hacer aquí?

Si-Babauri se revolvió por el césped, desgarró su turbante, y respondió sollozando:

—Ah! perdonadme, señor mágico! Soy un pobre degradado que ando buscando mi felicidad. ¿Dios lo quiere!

La fisonomía del jóven se dulcificó poco á poco; se aproximó al anciano, le miró bondadosamente, y le dijo tendiéndole la mano:

—Buen peregrino, no irás mas lejos, porque seré yo quien te dé la felicidad. Regresa á tu morada. Tu vida va á ser distinta en lo sucesivo; encontrarás en tu casa siete barriles de oro.

—¡Siete barriles de oro! exclamó Si-Babauri en el exceso de su alegría y sorpresa. Siete barriles de oro! ¿Pero es verdad eso, señor mágico? Oh! no os burles de mí: soy un buza musulmán muy pobre y muy degradado.

El jóven se sonrió, y le dijo:

—Vamos á ver si continúas dudando de mí. ¿No hay en Milah, en la puerta de la cunadra de tu casa, una losa grande rajada?

—Es cierto, señor.

—Levantando aquella losa, ¿no se entra en el conducto subterráneo de las fuentes antiguas?

—Es cierto, señor, es cierto.

—A la derecha, en el fondo de aquel conducto, detrás de un hundimiento, hay una cuba herméticamente cerrada. Si la abres, serás dueño del tesoro.

—Mucho tiempo he estado buscando en aquel subterráneo, dijo el anciano, he practicado dos escavaciones profundas debajo del hundimiento, pero no he hallado nada.

—Ven conmigo, dijo el mágico llevándola á una ventana. Veremos si has de dudar siempre de mi poder; ponte esta amatista en el dedo, y mira al mar.

La noche estaba oscura y lóbrega. Apenas se hubo metido Si-Babauri la sortija en el dedo, cuando brilló la mar repentinamente como si se hubieran levantado tres lunas á un tiempo. En el cielo, todas las estrellas habían tomado un color rojo muy vivo, y las olas del mar, al chocar unas con otras, producían un sonido argentino.

El mágico sopló en el mango de su caduceo, y Si-Babauri vió á su caballo romper las riendas de una sacudida, y echarse á nadar en el brazo de mar que separaba la torre de la playa.

En menos de un minuto, el caballo saltó sobre la roca, y fué á echarse relinchando al pie de la torre.

—No necesitas mas que echarle mi caduceo, dijo el mágico, y tu caballo subirá aquí y te llevará mar afuera. ¿Dudas aun de mi poder?

Y al hablar así, los ojos del jóven brillaban como carbunclos, y la serpiente que ceñía su cabeza arrojaba llamas.

Si-Babauri se habla prosternado, y le besaba los pies.

—No llameis mi caballo; nunca he dudado de vuestro poder. Sois el mejor y mas eminente de los mágicos. ¡Siete barriles de oro! ¿Qué riqueza!

—Es menester separarnos, Si-Babauri; guarda este anillo, y vuélvete á Milah. Cuando te halles en el subterráneo de las fuentes, no tendrás mas que tocar esa amatista, y la cuba se abrirá instantáneamente. Adios, Si-Babauri, que el espíritu del profeta te guíe.

El anciano bajó al instante; halló su caballo á la puerta de la torre, y montó en él.

Dice el poeta Sin-el-Schamy que la felicidad le hace al hombre tener buen corazón. En el momento de marchar, Si-Babauri recordó á sus amigos del viaje que le habían encargado que buscara la felicidad también para ellos; se apeó, y subió corriendo á la habitación del mágico.

La azótena no estaba alumbrada; por el ruido que hacían de las cadenas y de las bolas deambre, conoció Si-Babauri que el jorón estaba hablando y saltando para entretenerse hasta que llegara la hora de media noche.

—¿Qué más necesitas? gritó el mágico enfurecido.

—Perdon, señor, pero no soy yo el único desgraciado que hay en este mundo. He encontrado en mi viaje, al venir aquí, algunos seres desgraciados, y les he prometido buscar su felicidad. Decídme, señor, ¿qué debo responderles?

—Si-Babauri, eres un musulmán honrado; toma este otro anillo; cuando te hables en el subterráneo, dale una vuelta á esa esmeralda, y hallarás detrás de la cuba siete copas inmensas llenas de pedrería. En cuanto á tus amigos, te voy á decir el secreto de su destino. La dorada tiene entre los dos ojos un diamante de mucho valor. Para que consiga volver al mar, basta que un hombre pobre y desgraciado le quite ese diamante. La reina, si quiere ser feliz, se precia que se case con un hombre pobre y desgraciado, que la hará ser respetada por sus súbditos y temida por sus enemigos. En cuanto al león, dile que devora á un hombre pobre y loco. Adiós, Si-Babauri; sé feliz, y que el espíritu del profeta te acompañe.

Si-Babauri volvió á bajar atravesando las ocho salas; notó que el color de sus paredes cambiaba á cada minuto, pero había visto tantas maravillas, que no le sorprendió este prodigio.

Su caballo, que le esperaba en la sala baja, fué á arrodillarse delante de él como un camello. Si-Babauri se colocó en la silla, y se lanzó con el caballo al mar. Pronto llegó á la playa. La noche estaba muy oscura. Si-Babauri dió una vuelta á la esmeralda, y el camino que seguía se iluminó. El caballo corrió con un ardor increíble, y en menos de una hora, á los primeros albores de la madrugada, se halló Si-Babauri á la orilla del estanque. La dorada estaba ya despierta.

—Hola, ¿ya estás de vuelta? dijo la dorada con alegría dando gráciosos giros en el agua. ¿Qué buena noticia me traes?

Si-Babauri la refirió lo que le había dicho el mágico con respecto á ella.

Toma el diamante, dijo el pez, tómalo pronto para que á la salida del sol me halle en ésta mar.

—¿No me has entendido? dijo el anciano, acuérdate que solo puede salvarte un hombre pobre y desgraciado.

—Pues bien, salvadme! replicó la dorada.

—Vol... un hombre desgraciado! ¿Estás loca? Mira mis dos anillos: tengo en el subterráneo de mi casa siete barriles de oro y siete copas muy grandes llenas de pedrería. Adiós, adiós. Yo mandaré á alguno por aquí para que te libre, que desgraciados no faltan en este mundo.

La dorada se movió tristemente entre las espadañas, y Si-Babauri se marchó galopando.

Al cabo de tres días llegó á la frontera del reino cuya soberana le había encargado también que buscara su felicidad. A la entrada de la calle de palmeras, fué recibido por una escolta brillante que le acompañó hasta el palacio; orquestas numerosas colocadas á cortas distancias sobre estrados lujosos, tocaban trozos de música.

La reina había sido avisada por los buenos genios del regreso de Si-Babauri. Hacía dos días que le esperaban con afán, y en cada minarete habían colocado vigías para avisar su llegada.

A la puerta del palacio, los jefes de las tres grandes tribus se inclinaron ante él y le ofrecieron el yatagan del antiguo rey. Los marabutos le saludaron á su vez y le ofrecieron el rosario de ámbar que el último monarca había recibido de sus antecesores. Se abrió entonces la puerta, y vió Si-Babauri á la reina.

Estaba reclinada sobre cojines de seda azul y con la cabeza apoyada en el pecho de la esclava, como en la primera entrevista; su semblante estaba pálido aún, pero sus ojos habían recobrado todo su brillo. Tendió su mano á Si-Babauri, y le dijo:

—Yo confiaba en ti; los genios buenos no me han engañado, buen anciano; has visto al mágico y le has hablado de mí, lo sé, pero ignora su respuesta.

—Esta es, dijo Si-Babauri; es preciso que la reina se case con un hombre pobre y desgraciado.

—Eres tú! eres tú! exclamó la reina levantándose llena de fuerza y alegría; ¡señores y marabutos, salud á vuestro rey!

—Yo no soy ni pobre ni desgraciado, dijo Si-Babauri desdeñosamente. «Ved mis dos anillos; tengo en mi subterráneo siete barriles de oro y siete copas grandes llenas de pedrería. Ya veis que no puedo ser vuestro esposo.»

Al oírle hablar así, la reina se dejó caer en los brazos de sus esclavas, y se echó á llorar. Tanto pena y tan sin igual belleza conmovieron al pobre Si-Babauri, pero venció el orgullo.

—Este reino no es muy estenso, dijo para sí, y la reina está enferma, el pueblo tiene fama de ser muy poco sumo y muy difícil de gobernar; cuando yo quiera hallaré princesas más poderosas á quienes elegiré por esposas, y además, aunque yo quisiera casarme con esta

no podría hacerlo. La respuesta del mágico es terminante: un hombre pobre y desgraciado.

Consolido con esta reflexión, Si-Babauri pidió su caballo y se marchó, sin dar un último adiós á la pobre reina que se moría de tristeza.

Tomó directamente el camino de las montañas para llegar más pronto á Milah; tenía prisa de llegar, de penetrar en el subterráneo de las fuentes, y de abrir la cuba y las inmensas copas maravillosas. Apenas se detenía algunas horas por la tarde para dejar tomar á su caballo el descanso necesario. En cuanto á él, había perdido completamente el apetito y el sueño; se consideraba rejuvenecido en treinta años lo menos, creyendo que la fiebre que le devoraba era un nuevo ardor juvenil de la sangre.

Segun se iba aproximando á Milah, esta fiebre de ambición le devoraba más y más. Por el camino iba calculando el empleo de sus riquezas y formaba grandes proyectos. Solo los djinns son capaces de saber todas las ideas extravagantes y locas que hacían germinar en su cabeza.

Tres días hacia que viajaba así, y ya no le faltaban más que diez leguas para llegar á Milah, cuando el cansancio obligó al caballo á detenerse en una de las yuntas del camino que pasaba por delante de las cuevas. Si-Babauri le espoleó criminalmente sin conseguir que adelantara un paso siquiera; cansado de esta lucha, se apeó y dejó al caballo que se hundiera en la yerba que crecía á la sombra de las rocas.

Esta es la última vez que viajó así, dijo genitándose en su bulto; en cuanto llegue á Milah, compraré diez negros para que me lleren en palanquín como lo hacen en Oriente; después me iré á Argel, armaré veinte ó treinta corsarios, y después que haya saqueado las costas de Italia y Francia, será preciso que el Dey me nombre general de las galeras... después... ya veremos...

Si-Babauri estaba estenuado de cansancio, y mientras estaba pronunciando este monólogo, como el calor también se hacía sentir con mucha fuerza, se durmió y continuó en sueños los planes que empezó despierto.

Soló que después de su expedición á Francia, entraba en Túnez, y destronaba al rey. El sultán entonces le donó una pacha de tres colas y le confió la custodia de los santos lugares. Después de haber batido á los árabes, insurreccionaba la Siria y se declaraba independiente; enviaba contra él un ejército numeroso, pero él le compraba, le tomaba á su servicio y marchaba sobre Constantinopla para destronar al sultán.

Aquí se hallaba de su sueño, cuando le hizo despertar sobresaltado un grito en el momento mismo en que daba la orden de degollar al jefe de los creyentes; un aliento abrasador le daba en la cara; y dos patas largas y rojizas le cascaban cariñosamente el cuello. La cabeza de un león estaba apoyada en su hombro derecho; por lo pelado que estaba y por su greña descolorida conoció Si-Babauri que era su amigo el león viejo de la cueva; no por esto tuvo menos miedo de hallarse tan cerca de él, pero le era imposible huir, y toda señal de desconfianza era muy peligrosa.

Tomó pues el partido de ser valiente, y reflexionó que el león estaba ya muy viejo, muy cascado, y que los años y los achaques habían convertido su carácter feroz en dulce y bondadoso. Sacó del bulto varias galletas; el león las tomó y le manifestó su gratitud besándole repetidas veces en la cara con su peludo hocico.

Si-Babauri aguantó con la mayor paciencia imaginable estas pruebas de amistad, y empezó á referirle su viaje.

La historia de la reina conmovió mucho al león, pero solo lo manifestó con un leve movimiento de cabeza. Si-Babauri iba prolongando todo lo posible su narración con el objeto de ganar tiempo, y notó que su caballo se aproximó paulatinamente á él, al paso que estaba, por lo cual le estaba mirando de reojo, pronto á aprovechar el momento oportuno para saltar á la silla y escapar.

Al oír la descripción de las maravillas que había visto el anciano en la torre encantada, no manifestó el león extrañeza; era un verdadero sabio á quien nada le sorprendía. Se echó sobre la yerba y se puso á escuchar con una gravedad solemníssima las palabras de Si-Babauri.

El caballo continuaba aproximándose, siguiendo la yerba fresca, protegida por la sombra de las rocas. Ya no distaba más que tres pasos de los dos amigos. El león escuchaba siempre con la misma calma; Si-Babauri creyó hallar el momento favorable y se deslizó suavemente por la pendiente de una roca.

El león se levantó y se restregó los ojos.

—¿Qué historia tan maravillosa! dijo colocándose entre Si-Babauri y su caballo. Amigo, ¿están en tus sortijas...? Son muy bonitas, y sin duda están encantadas. ¿Pero recuerdas tú promesa? ¿Has hablado de mí al gran mágico?

—Olvidarte yo! dijo Si-Babauri. Dudarás de mi amistad? He hablado largamente de tí con el mágico, y me ha dado una respuesta favorable.

—Eres un amigo verdadero, dijo el león abrazándolo con las patas

patas, eres un buen amigo! Vamos, repítame pronto la respuesta que te dió.

—Esta es: dile de mi parte al león de la cueva, que encontrará su felicidad devorando á un hombre pobre y loco.

—¿Qué gran mágico! exclamó el león, he hallado mi felicidad. Oh! qué gran mágico!

Y sin proferir mas palabras, animado por nuevas fuerzas desconocidas para él hacia mucho tiempo, devoró á Si-Bahauri en un momento.

EL BASTRO SANGRIENTO.

LEYENDA ORLEANESA.

Señora, oíd una historia lamentable...
Balada antigua.

Hace algun tiempo... mucho tiempo, que Santiago Alleaume y Francisco Brauchu eran dos labradores de Coullous.

El primero tenia buenas tierras y hermosos campos que le daban ricas cosechas. Había en sus establos seis bueyes, cincuenta carneros

en sus praderas, un pequeño mundo de volateria alrededor de su granja, y muchas monedas de plata en su arca.

El segundo no poseía nada mas que sus dos brazos, el ardor del trabajo, la honradez de sus costumbres, y el amor de una muger que le habia dado hermosos niños, los cuales criaba, á pesar de su pobreza, con la ayuda de Dios.

Uno era colérico, vanidoso, violento; el otro dulce, sencillo, bondadoso.

Y así seguían las cosas sin que Francisco sintiera su corazón agrariarse por envidia contra Santiago su vecino.

Sucedió un día que Santiago regresó á su casa de muy mal humor, con sombrío rostro, y murmurando entre dientes palabrotas. Tiró su sombrero de fieltro sobre un banl de roble, y aproximando un escalón con grande estrépito, se sentó en el rincón del hogar, en que estaba la cena al amor de la lumbre.

La señora Magdalena, su muger, le miraba.

—¿Te ha picado alguna mosca? le preguntó con irónico acento.

—¿Déjame en paz! contestó con voz ruda el labrador.

—Oh! oh! esa mosca era algun tábano, añadió la matrona con una sonrisa.

—Silencio! te digo otra vez, exclamó Santiago; lo que me sucede es cosa seria, y por el santo de mi nombre que sabré vengarme!...



—Puesto que haces misterio y no se puede saber, pronunció Magdalena con despecho, cómete pues esa sopa y ese tocino que te están esperando; eso te apaciguará quizás, y la botella que está detrás de ti te ayudará á hacer colar tu bilis.

Santiago se puso á cenar con gesto avinagrado, no dejó salir ni una palabra de su gazaate, y después se fué á acostar con ceñudo semblante.

Aquella misma noche, Brauchu, aunque muy cansado y mojado, hizo en su casa parca cena, bebió agua clara, besó alegremente á sus niños en la frente, pasó sus manos duras y callosas por la sedosa cabellera del menor, que jugaba sobre sus rodillas, y durmió tranquilamente bajo la protección de la Providencia.

Al día siguiente, en el momento en que salía apenas el sol por encima de los elevados matorrales, cuando iba á su trabajo, halló en su camino á Alleaume, cuyo sueño parecia haberle quitado su mal humor, y ambos anduvieron juntos hablando de la cosecha y de los malos tiempos que corrían.

—¿Sabes, Francisco, que á cada momento me va dando compasión tu suerte? Es verdad que estás alegre, siempre contento, trabajando con alma, y cantando para distraerte todas las coplas de la comarca; pero no por eso dejas de tener cinco hijos, una esposa y una madre

anciana, que te piden pan diariamente: por Navidad y Pentecostés vestidos; y con los pocos cuartos que ganas me sorprende el que puedas cubrir todas esas necesidades: ¿cómo te compones para hacerlo, y cuál es tu secreto?

—¿Cómo me compongo? Ya lo ves, trabajando mientras alumbra la luz del día; en cuanto á mi secreto, es muy sencillo, y no tengo mas que el da confiar en la Providencia.

—Á la verdad, envidio tu suerte; no tienes nada, te agobia el trabajo, que hace correr el sudor por tu frente, no puedes contar con el preciso sustento para el día siguiente, y eres feliz!

—¿Pero, hombre, no puedes tú serlo con mucha mas facilidad que yo? Eres el labrador mas rico del país; vendes trigo, vino, fruta, sacas dinero de todo, cada año aumentas tus posesiones y ganados, no tienes mas que una hija, todo prospera á tu alrededor, te sonríe el porvenir; en verdad que havias muy mal en quejarte.

—Y sin embargo me queja, Francisco; pero confío en que el motivo de mi tormento se acabará; paciencia.

En el sitio á que llegaban á la sazón los dos interlocutores se dividía el camino, tirando un ramo á la derecha y otro á la izquierda.

—Hasta la vista, Santiago.

—Adios, vecino.

Y se separaron.

El día pasó como todos los demás, á pesar de lo que dicen los refranes; solo Alleaume pareció estar aquella noche más sombrío que á anterior. Apenas lucó á la cuna, calificándola de detestable. Ribó á su hija, se encendió con la criada, se enfureció con el mozo, empujó á su muger, alborotó con todos, y se fué á la cama profiriendo un juramento.

Magdalena pensó muy acertadamente que el momento era muy oportuno para mostrarse curiosa; y así estuvo quieta y dejó pasar la tormenta. Sin embargo estaba muy apesadumbrada por no saber el motivo que convertía á Santiago, hacia dos noches, en una especie de puercospío, al que no podía aproximarse. Todo seguía inalterable en la granja; las cabezas de ganado no estaban enfermas, cosechas magníficas estaban ya encerradas en su mayor parte en los graneros y desvanes, su hija era una gallarda moza, y dentro de pocos años sería la heredera más rica y el mejor partido que habría en el contorno de tres leguas; ¡qué espino se le había clavado pues á Santiago? Era incomprendible. La criada daba á entender que podrían muy bien haberle hecho mal de uno al señor Santiago; pero la señora Magdalena tenía demasiada perspicacia para creer semejantes paparruchas.

Fuera lo que quisiera, el señor Alleaume entró en su casa la tercera noche con un humor endemoniado. Estaba trastornado, el furor le alborotaba la cabeza, y si le hubieran servido como crulo se le hubiera tirado á la cabeza á la criada, diciendo que estaba quemado.

—Si, exclamó apretando los puños, esto no puede quedar así; me vengaré, ira de Dios, y ¡ay del culpable! Ahí se imaginan venir así á despojarme, á arruinarme, á robarme lo que es mío, á destrozar mis campos todos los días, todas las noches, á todas horas, y creen que estaré tranquilo, indiferente, que dormiré á pierna suelta, que... Oh! juro por el santo de mi nombre que esto ha de acabar...

Y andaba con precipitados pasos, con los ojos sombríos y el rostro lívido.

—Véamos, Santiago, se aventuró á decir Magdalena con suma timidez; ¿no es darte por fin las penas que te agitan hace tres días, que te impiden comer y dormir, y que te obligan á encolerizarte con todos? Quizás no merezca la pena...

—Déjame; te digo que van á mis sembrados á quitarme el trigo, á mi verjel á quitarme las manzanas, á mi huerta á arrancarme las legumbres, á mis campos á robarme las semillas, á todas partes á despojarme de lo que es mío, y hace de esto mucho tiempo. ¡Inútil es para mí velar, observar; no descubro nada. Pero por vida mía, que ha de suceder alguna desgracia!

Y levantó la cabeza con gesto amenazador.

Nadie se atrevió á replicar; Magdalena, sentada delante de su torno de hilar, le hacía girar con impaciencia, y cuando la vela de resina que chispeaba en la chimenea encima del har amenazó apagarse, se abastaron sin decir una palabra.

Transcurrieron algunos días, y el negro humor de Alleaume parecía haberse disipado como el humo. Se había vuelto pacífico, había recobrado su apetito, y no gruñía con nadie. Solo Magdalena le encontraba por instantes pensativo y taciturno, y por las noches, después de cenar, en lugar de sentarse y estar hablando hasta las nueve con su familia, se metía su sombrero de feltro hasta las orejas, y salía para no volver hasta hora muy avanzada de la noche. Fuera de este desvío de sus costumbres, había vuelto completamente á su método de vida ordinario, y por la mañana, cuando veía á su vecino Brauchu marchar al trabajo, le deseaba buen éxito y buen ánimo.

Llegó el domingo; Brauchu, como se sabe, no era rico, y su mesa estaba malamente servida, tanto que á veces el pobre hombre hubiera necesitado un alimento mejor para el trabajo rudo que hacía. Así es que la buena Brígida, su esposa, que sabía esto, ponía al fuego la comida sustanciosa lo más á menudo que podía, y se la permitía el estado de su penullo; pero desgraciadamente lo permitía pocas veces. Sin embargo, aquel domingo habían reunido todos los recursos, y la ternera paterna de Enrique IV cocía en el hogar.

Brauchu, al salir de la iglesia en la que Santiago no parecía nunca, se detuvo algunos instantes á ver algunos muchachos que jugaban al téjo, y después entró en su casa.

—Hace mucho tiempo, le dijo su muger, que no hemos tenido tan buena comida como hoy, pero nuestra anciana madre está enferma; tú también parece estar cansado y agobiado por los trabajos, y era necesario. Lo único que siento mucho, es no tener nabos para echarlos en la sopa, que estaría mejor con ellos.

—¿Y por qué no los has echado, Brígida?

—Está, por única respuesta, le enseñó la bolsa vacía.

—Si no es más que eso, repuso Francisco, vas á quedar satisfecha según esperó; aguardate un poco.

Y fuése á casa de su vecino Alleaume.

—¿Está Santiago en casa, señora Magdalena? preguntó.

—No, Francisco, ha salido hace más de dos horas; pero ya es tarde y vendrá pronto á comer.

—Oh! no quiero esperarle; venia á pedirle un favor insignificante.

—¿Cuál es, vecino, si puedo yo hacerlo?

—Jeás, señora Magdalena, es únicamente el permítirme que vaya á coger algunos nabos á su nabal de V., que está cerca del bosque, porque Brígida, que ha puesto hoy cocido, siente no poder echar nabos, y si V. me hace el favor...

—Si, Francisco, con mucho gusto; vaya V., vaya; Santiago se le permitiría á V. lo mismo que yo.

—Le doy á V. las gracias, señora Magdalena.

—No hay de qué dárselas, vecino.

Y Brauchu se dirigió al nabal, al que llegó muy pronto, arrancó algunos nabos sin escogellos, porque empezaba á anochecer, y se levantó con ellos en la mano. En el mismo momento sonó un tiro, y el desgraciado Francisco cayó en tierra sin profirir un grito, sin soltar un gemido, como si hubiera recibido un golpe de maza en la cabeza.

Al instante salió un hombre de un grupo de matorrales, avanzó rápidamente hacia la víctima, pareció vacilar un momento, después, cogiéndola por los pies, la arrastró desgarrada y ensangrentada por en medio del campo hasta el camino. Allí colocó el cadáver al lado de un barranco, volvió á los matorrales á coger su escopeta, se caló el sombrero hasta los ojos, y desapareció en la oscuridad de la noche, que iba tendiendo su denso velo en el espacio.

Aquel hombre que acababa de cometer un asesinato con la impasible sangre fría de un animal feroz, era Santiago Alleaume.

He aquí lo que había sucedido:

A consecuencia de los destrozos que hacían en sus posesiones, formó un plan de venganza espantoso, que consistía en ir á emboscarse, ya en un sitio, ya en otro, con el fin de sorprender al merodeador, y matarle sin compasión.

Santiago ignoraba el sentimiento de la piedad; su corazón duro y egoísta se dejaba reger voluntariamente por el furor, y las horas que le hemos visto ausentarse cada noche, las pasaba en un acecho horroroso... el acecho de un hombre!

Y cuando vió á Brauchu entrar en su nabal y arrancar sus legumbres, su arma se había inclinado hacia el padre de familia, honrado é inocente, y con mano segura le había ensayado la muerte...

Al día siguiente hallaron el cuerpo ensangrentado de Francisco echado en el camino; imaginaron que el pobre jornalero había sido muerto por algún malhechor, y llevaron sus restos al cementerio de Coullons, siguiendo el fúnebre cortejo la señora Brígida, con lágrimas y gemidos.

En cuanto á Santiago, se volvió desde aquel día sombrío y taciturno; la mofina diezmó sus ganados, el granizo destruyó sus trigos, sus viñas se helaron, sus campos se quedaron casi incultos, y él, mirado por las penas y los remordimientos, falló á poco tiempo.

Desde entonces, la tierra que había surcado el cadáver del infortunado Francisco, en el tránsito que Alleaume le había hecho seguir para arrastrarle hasta el camino, se negó á producir fruto alguno, y cuando el campo se cubría de verdor, solo aquel rastro ofrecía, por un contraste bizarro y singular, la imagen de una vegetación enana y amarillenta.

En el día, aun en medio de espigas de trigo magníficas, ó de otras cosechas espléndidas, la línea que recorrió el cadáver de Brauchu permanece estéril y pedregosa. En vano revuelve el arado aquella tierra una y cien veces, en vano se hunde profundamente el azadon allí, en vano se arrojan en ella las simientes más variadas y productivas; nada germina, nada nace, y los chicos la llaman toda vía, designándola con sus dedos: *El rastro sangriento!*

THORWALDSEN.

El día 25 de marzo último entró Thorwaldsen en el teatro de Copenhague: el telon no se había alzado aun y se sentó en su localidad. Algunas personas observaron que cerraba los ojos y supusieron que dormía, más pronto inspiró su palidez serias inquietudes; acercáronse á él y conocieron que le quedaban pocos instantes de vida. Trasladado inmediatamente á su casa, espiró en ella á los pocos momentos, sin haber pronunciado una palabra. La noticia de esta desgracia inesperada espació la consternación en toda la ciudad, que se envanece justamente con poseer á Thorwaldsen. Tenía este setenta y cuatro años y dejó á Roma en 1838, después de haber resido en ella cuarenta y dos, para volver á su patria. Su entrada en Copenhague fué un verdadero triunfo, pues la multitud le acogió con gritos de entusiasmo, los poetas recitaron composiciones en su loor, y el rey Cristian VIII le nombró consejero y director de la Academia de Bellas Artes. Disfrutaba tranquilo los favores de su soberano y la admiración pública. El día anterior y aun el mismo de su muerte, se le había visto en su taller, retocando un busto de Lu-

teno y una estatua de Hércules, destinada á adornar el palacio de Cristianberg. Ha dejado una mediana fortuna y la ha legado al Museo de Copenhague, que fundó y que lleva su nombre. Se le han hecho honras fúnebres dignas de su fama. Durante el día 29 de marzo estuvieron expuestos sus restos en la sala de esculturas antiguas del Museo, y después de la misa, compuesta por Holst y Hlung, pronunció su panegírico el doctor Heiberg. Sobre el catafalco se había colocado *La Esperanza*,



(Thorvaldsen.)

una de sus últimas obras. El cortejo que acompañó su cadáver al cementerio se componía del príncipe real y de otros miembros de la real familia, de los ministros, de muchos generales, de todos los artistas de la ciudad, de ochocientos estudiantes y de más de ocho mil ciudadanos. En la puerta de la iglesia, el rey, vestido de luto, recibió el cuerpo, y la reina asistió á la misa, que celebró el obispo de Zelanda.

Conmueven estos testimonios universales de admiración y de afecto, por lo mismo que se debé recordar la humilde cuna del ilustre artista, así como su juventud tan pobre y tan laboriosa.

DE LOS JARDINES DE FLORES Ó DE RECREO.

Los jardines se dividen en cuatro especies, que son: 1.ª jardines de legumbres; 2.ª parterres ó jardines de puro adorno; 3.ª jardines de flores; y 4.ª jardines á la inglesa.

De los jardines de la primera especie, ó que entendemos mas bien con el nombre de huertas, no hablaremos aquí, porque nos reservamos hacerlo mas estensamente en un tratado aparte.

Los jardines de la segunda especie, además de las plantas olorosas y de flores, tienen una distribución simétrica y un compartimiento admirable, y están adornados de calles, parterres, dibujos, estatuas, fuentes, escalinatas, estanques, perspectivas, etc.; pero como no podemos presentar ejemplos patentes de esta clase de jardines, porque varían hasta lo infinito, nos abstenemos de hablar de ellos.

La tercera especie de jardines son aquellos que están destinados puramente al cultivo de un número de plantas escogidas, y no admiten mas adornos que la sencillez, el aseó y la pericia del jardinero, para determinar lo conveniente á la conservación de las plantas puestas á su cuidado, bien lleven estas flores vistosas ó raras, ó bien se hallen mezcladas unas y otras con las de colores agradables. De esta clase de jardines es de la que nos proponemos hablar ahora, dejando para después el dar una ligera idea de los llamados á la inglesa.

Debemos advertir que aun cuando por su diversa formación tengan los jardines distintos nombres entre los aficionados á la jardinería, no obstante son inalterables las reglas que dirigen las principales operaciones del cultivo de las plantas con que se forman.

DE LA SITUACION DEL JARDIN.

Debe elegirse para el jardín un paraje elevado, donde corra el aire libremente, y esté á cubierto de los vientos del Norte y de las costas, porque de ellas vienen los vientos impetuosos: para estos abrigos, ya sean del arte ó de la naturaleza, han de ser de modo que el jardín goce de todas las exposiciones para que se puedan cultivar en

él, así las plantas que nacen en el Mediodía como las que prosperan en el Norte. Las flores no se crían bien en los jardines pequeños, ni en los que se hallan rodeados de edificios altos, porque en estos el sol dura poco, bien porque va demasiado tarde, ó bien porque se quita muy temprano; además el sol se reconcentra en ellos y zloba las plantas, porque su ardor no se templó con el aire fresco que corre en los que se hallan desahorazados y libres: por la misma razon la humedad que se introduce una vez tarde mucho en dispersarse; el rocío y el sereno son en ellos mas abundantes, y las heladas y escarabas les ocasionan mayor daño.

Ha de tener tambien el agua proporcionada á las necesidades del jardín, y si care de fuentes conviene que haya un estanque capaz de contener una cantidad suficiente de agua para regar, que reciba el calor de la atmósfera, para que las plantas no se resientan de la mayor frescura que pueda tener el agua. Asimismo debe tener el suelo del jardín una pendiente enava y proporcionada á su estension, para que no se estanquen. Si esta pendiente es muy rápida, el agua arrastrará consigo la tierra vegetal ó huacas, y solo dejará la tierra matriz.

CALIDAD DEL TERRENO.

Aunque es cierto que un aficionado á flores dispone como quiere la tierra donde piensa colocarlas, sacando, si es arcillosa, una porción, que sustituye con otra preparada el intento, y si es arenosa, la mezcla con otra que le dá cuerpo y aglutine sus moléculas; y últimamente, que la tierra de un jardín de flores es hija del arte, y jamás puede hallarse preparada por la naturaleza sin ayuda del arte, es muy útil que el jardinero elija un terreno suelto, sustancioso y muy vegetal, porque habiendo de servir de base á los preparativos del jardinero, éste no tendrá que hacer tantos gastos, ni le costará tanto trabajo el prepararla.

MODO DE PREPARAR LA TIERRA.

Las raíces de las plantas nos indican suficientemente la profundidad de tierra buena que cada una de ellas exige. Después de haberse asegurado de la profundidad de las raíces de cada planta, hay que considerar la dirección que toman y cuál es su forma: las plantas de cebollas, como los jacintos y los tulipanes, las de tubérculos, como los ranúnculos y los anemones, no quieren abonos animales, á no ser que estan muy podridos y reducidos al estado de mantillo. Si la tierra retiene el agua ó el suelo es arcilloso, se pudrirán estas cebollas, porque se mantienen mas por las hojas que por las raíces, y al contrario, prosperarán en una tierra ligera, vegetal, sustanciosa y mezclada por partes iguales con hojas de árboles podridas, bastándoles una capa de ocho pulgadas de tierra preparada de esta manera.

Los claveles no exigen una tierra tan dulce, porque echarían muchas raíces y pocas flores. Los alhelios y otras plantas semejantes prosperan en ella; pero prefieren una buena tierra mezclada con estiércol de animales, con tal que tenga la profundidad de doce á quince pulgadas el terreno en que se planten.

Solo hemos citado los ejemplos anteriores para manifestar la necesidad que hay de variar el suelo del jardín segun lo exija cada género de planta: cuando hablemos de estas en particular, diremos la preparación de tierra que le conviene.

El uso del mantillo bien podrido y preparado es tan necesario al jardinero, que sin él no puede lograr buenas flores ni buena nacerencia de las semillas que siembra: la combinación de esta tierra vegetal ligera, suelta y vivifica las tierras con que se mezcla, y esta es la que conviene emplear en los sembreros, tiestos, etc., en que se cultivan plantas delicadas.

En los jardines de flores debe haber un sitio destinado solamente para preparar las tierras, que se ha de compóner de algunas divisiones hechas con tabiques: estas divisiones las bañará el sol, estarán cubiertas con tablas ó paja ó con techo verdadero, para que la lluvia no lave la tierra que se halla en ellas, y para que espuesta á los rayos del sol atraiga la sal aérea, que es la que combina sus principios.

Las tierras se preparan luego que se les cue la hoja á los árboles, y la operacion se efectúa de este modo: se amontonan las hojas solas ó mezcladas con tierra y abonos animales, segun el fin á que se destinan. Si el cobertizo resguarda enteramente el monton y no pueden mojárselas las lluvias, se le echa agua, de modo que la humedad penetre hasta abajo, y se deja en este estado durante todo el invierno. En los primeros días buenos de la primavera en que el sol calienta, se esconde el monton, se revuelve con la pala para mezclarse bien, y se vuelve á amontonar en el cobertizo; si esta tierra se halla seca se vuelve á mojar, porque sin humedad no hay fermentacion. En el mes de junio ó julio se vuelve á estender y remover, y se repite esta operacion en octubre.

Los agricultores inteligentes no emplean la tierra preparada como acabamos de decir, sino después de haber pasado dos años en este estado,

que es el modo de conseguir la tierra suficiente y proporcionada á la naturaleza de cada planta en particular, porque de esta mezcla bien hecha y apropiada depende no solo la belleza de las flores, sino tambien la perfeccion de las especies.

REPARTIMIENTO DEL TERRENO Y ÉPOCA DE VERIFICAR LA SIEMBRA.

Los repartimientos del terreno, los dibujos y todos los adornos de un jardin varían tanto como el genio del jardinero ó del que está encargado de trazarlos; de consiguiente como esto depende del capricho ó gusto de cada uno, solo advertiremos que los compartimientos han de ser sencillos y despejados, porque son los mas útiles para las plantas y para el cultivo, y además son los que generalmente presentan mayor elegancia: la mezcla de diversas plantas, la espesura y el desorden estudiado de los jardineros, solo conviene á los llamados á la inglesa, mas no á los de flores. Uno de los primeros cuidados del jardinero florista ha de ser el distribuir el terreno de tal modo, que sin carecer de orden y hermosura en el compartimiento, queden varios claros donde puedan criarse algunas plantas, acomodándolas ya en un paraje ya en otro, segun la situacion y esposicion que requiera su naturaleza, porque unas apetezen el sol, otras la sombra, etc.

Preparada la tierra y distribuido el terreno, es necesario conocer cuál es la época mas á propósito para verificar la siembra: unos la ejecutan en primavera y otoño, otros la hacen en cualquier tiempo y estacion, y otros esperan á tal ó cual mes, consultando al propio tiempo la creciente ó menguante de la luna, y aun las horas del dia en que deben hacerlo; pero este sistema solo está fundado en la rutina. La época mas á propósito para la siembra es aquella en que los vegetales sazonan sus semillas y se desprenden de ellas ó las recoge el jardinero; pero siempre deben plantarse en una esposicion y situacion que facilite la naciencia y vegetacion de las nuevas plantas. Mas como no siempre en todos los climas ni con todas las plantas puede ejecutarse, se ha adoptado por regla general el hacer la siembra á principios de la primavera y otoño.

Cuando hay abrigos naturales ó artificiales, como estufas, camas calientes, portales de jardin, etc., pueden adelantarse las siembras y conservar las plantas; pero cuando se haya de verificar el caso es preciso seguir una regla que indique con exactitud la época en que se ha de sembrar, en la primavera, que debe ser en cualquier pais cuando los árboles indigenas empiezan á echar la hoja: esta operacion se repite en los meses de agosto y setiembre, adelantándola mas ó menos segun se anticipen ó atrasen los frios del invierno, y segun su mayor ó menor intensidad.

Las plantas que se consigan de ambas siembras, ya se hagan en cajones, en tientos ó en semilleros, deben trasplantarse á los parajes convenientes, y colocarlas ya en el lado que mira al mediodia, ya en el que mira al norte, segun que resistan mas ó menos el frio.

PASCUAS A LAS MUSAS.

¡Oh vos, antiguas jóvenes,
doncellas del Parnaso,
oid mi anacreontica,
que con vosotras hablo!

Ya mazapan comiendo
se acerca el fin del año,
y están nuestros bolsillos
en vísperas de parto.

Dichoso quien oprime
los lomos del Pegaso,
y trota por los aires
atropellando pájaros.

Quien baila sobre el Pindo
ya polkas, ya fandangos,
ó toma en Hipocrene
remojos hidropáticos.

¡Oh si pudiese, Musas,
en dias tan aciagos
envuelto en un soneto
llegar á vuestros brazos!

Que allí con todas nueve

corriera por los campos
que están en vez de flores
de versos tapizados.

No el *rutaplan* oyera
de bélicos muchachos
que imitan á la Albani,
á Herodes recordando.

Ni los sonoros ecos
de los rabeles cándidos;
orquestas de pastores,
y de borregos pasmo.

Ni viera el aereo fruto
que prueba que hay naranjos,
ni cuál crece en las calles
el número de pavos:

Ni por gustar el genio
del arte *culinario*,
diera á la cama un huésped
y al médico trabajo.

Ni amigos me enviaran
sus diligentes fámulos
con un regalo á cuestras
que pide otro regalo.

Entre las nueve ¡oh Musas!
en plácido descanso
no viera las cuartetas
en que me piden cuartos.

De fijo me libraba
del que repartí el *Diario*,
de los de dos periódicos
y tres obras ó cuatro.

Del oficial del sastre,
del que hace los zapatos,
y del que guía y llena
los musicales carros.

De una arrugada niña
del Manzanares manso,
y de otra que disfrazan
calzones de asturiano.

Del que con chuzo en ristre
vigila por el barrio,
del militar cartero
y de otros mil que callo.

Mas ya que no es posible,
librándome de tantos,
¡oh Musas! estas pascuas
pasar á vuestro lado,

Y ya que en tales dias
los gordos y los flacos
con una mano toman
y dan con otra mano:

Yo que en renglones cortos,
ya vistos, ya ignorados,
de enero hasta diciembre
vuestrós elogios canto;

Yo que por ver la risa
vagar en vuestros labios
sin conocer el mundo
pensé hacer su retrato:

Yo que tan dulces horas
pasé en vuestro regazo
hurtándolas al Código,
y á Don Alonso el Sabio;

Yo en fin que no os conozco
logre por premio grato...
saber si sois bonitas
antes que acabé el año.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.